

especialmente encomendado. Pero es mucho decir que lo perdieron; nobles cosas jamás pueden quedar perdidas en este mundo, sólo pueden quedar comprometidas.

Después de haber juzgado el reinado de Napoleón, sería necesario juzgar al hombre como militar, político, administrador, legislador, pensador y escritor, y señalarle su puesto en esta gloriosa familia en que se cuentan Alejandro, Anibal, César, Carlo Magno y Federico el Grande. Pero el fallo no sería completo sin estar terminada la carrera del hombre, y no lo está en la isla de Elba. La Providencia reservaba dos pruebas más á Napoleón: debía ponerle de nuevo en presencia de las na-

ciones europeas, ocupadas en repartirse nuestros despojos, y turbadas en esta repartición por su regreso de la isla de Elba; debía sobre todo colocarle en presencia de la libertad renaciente. Este espectáculo se vió en 1815, durante el período llamado de los *Cien días*; espectáculo triste y trágico que nos falta describir ahora. Una vez trazado este cuadro es cuando podremos juzgar completamente al hombre, y después de haberle juzgado imparcialmente, habremos concluído nuestra tarea y dejaremos á la posteridad que juzgue nuestro propio juicio, si es que se digna ocuparse de él, para revisarlo ó confirmarlo.

LIBRO QUINCUGÉSIMO CUARTO

RESTAURACIÓN DE LOS BORBONES

Últimas operaciones de los franceses residentes en las diversas partes de Europa. — Campaña del general Maisón en Flandes, y defensa de Amberes por el general Carnot. — Rendición de Amberes, y condiciones de esta rendición. — Se introduce la deserción en los ejércitos franceses. — Entereza del general Maisón ante un mal que amenaza dejar á la Francia sin ejército. — Larga y memorable resistencia en Hamburgo del mariscal Davout. — Condiciones bajo las cuales se rinde, después de haber salvado un numeroso ejército y un rico material. — Noble conducta del príncipe Eugenio en Italia. — Vuelta de Italia del ejército francés conducido por el general Grenier. — Acontecimientos en los Pirineos. — Las noticias de París llegan demasiado tarde para contener las hostilidades, y los ingleses y los franceses vienen de nuevo á las manos. — Sangrienta batalla de Tolosa. — Armistio en todas las fronteras. — Situación del conde de Artois después de su entrada en París. — Cuestión promovida á causa de no saber con qué título administraría provisionalmente el reino. — El senado no quiere reconocer su calidad de lugarteniente general sino á condición de que se comprometa formalmente á profesar la Constitución. — Irritación del conde de Artois y de sus amigos. — El duque de Otranto propone un medio de transacción que es adoptado. — El senado se dirige á las Tullerías y confiere al conde de Artois la investidura de lugarteniente general, después de una declaración por la cual el príncipe, respondiendo de Luis XVIII, promete la adopción de las principales bases de la Constitución senatorial. — Primeros actos de la administración del conde de Artois. — El gobierno provisional convertido en consejo del príncipe. — Formación del ministerio. — Envío de comisarios extraordinarios á las diversas partes de la Francia. — Sufrimiento de las provincias ocupadas y alivios que se esfuerzan en procurarlas. — Nuevos acantonamientos adonde son destinadas las tropas francesas. — Exclusión de la quinta de 1815. — Medidas financieras de Mr. Louis. — Su firme resolución de pagar todas las deudas del Estado, de mantener los impuestos, y especialmente los derechos reunidos. — Rapidez con que comienza á establecerse el crédito, bajo la doble influencia de este ministro y de la paz. — Cambios transitorios introducidos en nuestras tarifas comerciales. — Se aumenta el sufrimiento de las provincias invadidas. — Se entabla precipitadamente una negociación para lograr que los ejércitos coligados evacúen el territorio. — No se puede hablar de la evacuación de las provincias francesas, sin provocar una petición semejante con respecto á las provincias extranjeras ocupadas por nuestras tropas. — En la imposibilidad de rechazar la reciprocidad, se consiente por el convenio del 23 de abril en evacuar á Hamburgo, Amberes, Flesinga, Berg-op Zoom, Mons, Luxemburgo, Maguncia, y en general las plazas más importantes de Europa. — Nadie se apercibe al principio de la imprudencia de este convenio, que no tarda en ser un motivo de amargas quejas. — Movimiento rápido que se opera en los ánimos después de la entrada del conde de Artois. — La parte de la población familiarizada con la idea de la vuelta de los Borbones se declara sin reserva en su favor, pero la actitud del partido realista irrita á los revolucionarios y á los bonapartistas provocando de una y otra parte las más vivas recriminaciones. — El conde de Artois comete algunas imprudencias que hacen desear á sus amigos inteligentes la pronta llegada del rey. — Diversos mensajes enviados á Luis XVIII, y pintura que se le hace del estado de la Francia. — Con motivo de habersele manifestado que no era indispensable su adhesión á la Constitución del senado, difiere el pronunciarse en su favor, y se encamina lentamente hacia Francia. — Su detención en Londres. — Entusiasmo que despierta su presencia entre los ingleses. — Imprudente alocución en la que declara que después de Dios es á Inglaterra á quien más obligaciones debe. — Desembarco de Luis XVIII en Calais. — Su viaje por los departamentos del Norte y su llegada á Compiègne. — Es objeto de los mayores agasajos, sobre todo por parte de los mariscales, á quienes dispensa una acogida de las más lisonjeras. — Impaciencia que todos tienen por conocerle. — Caracteres de Luis XVIII y del conde de Artois, y diferencias notables entre los dos hermanos. — Entrevista de Mr. de Talleyrand con el rey. — Cuidado de este último para eludir toda clase de compromisos. — Visita del emperador Alejandro en Compiègne é inutilidad de sus esfuerzos por hacer seguir algunos consejos suyos. — Luis XVIII no se opone á la idea de una Constitución, aunque sea muy liberal, pero quiere darla él mismo, para conservar en toda su plenitud el principio de su autoridad. — Se acuerda que antes de verificar su entrada en París se detenga en Saint-Ouén, y haga una declaración general confirmando la prestada por el conde de Artois, y destinada á consagrar las bases de la Constitución senatorial. — Estancia en Saint-Ouén y declaración de Saint-Ouén, fechada el 2 de mayo de 1814. — Entrada de Luis XVIII en París el 3 de mayo. — La población parisiense le dispensa la más cordial acogida. — Luis XVIII toma las riendas del Estado y constituye el consejo real. — Primera sesión de este consejo en la que se trata sucintamente de todas las cuestiones. — Ojeada general sobre el ejército, la marina y la hacienda. — Mr. Louis persiste en sus dos principios; pago de las deudas contraídas y conservación de los impuestos necesarios. — Proclamación real relativa á los derechos reunidos. — Aplazamiento de la cuestión de la quinta. — Luis XVIII se muestra decidido á restablecer la antigua servidumbre militar de los reyes, y aun á aumentarla considerablemente. — Ningún miembro del consejo se atreve á oponerse á esta imprudente resolución. — Nuevos esfuerzos hechos para aliviar las penalidades de las provincias ocupadas. — Se aperciben de que el convenio de 23 de abril, privándonos de prendas preciosas, no ha adelantado un solo día la partida de los ejércitos coligados. — Los monarcas aliados prometen dar nuevas órdenes á sus ejércitos, y Luis XVIII publica una proclama mandando á las autoridades locales que desobedezcan los requerimientos de los generales extranjeros. — Impaciencia por concluir las negociaciones de la paz. — Mr. de Talleyrand recibe la misión de concluir las. — Nueva falta cometida por la precipitación, semejante á la que se cometió firmando el convenio del 23 de abril. — Hubiera valido más que la suerte de la Francia se hubiera decidido en Viena al mismo tiempo que la de todas las potencias, porque se las hubiera hallado divididas y se hubiera podido esperar su apoyo. — Mr. de Metternich comprende de distinto modo el interés que tienen las potencias coligadas en tratar inmediatamente con la Francia, y en confiar la solución de las cuestiones europeas al congreso general que debe reunirse en Viena. — El gobierno real no adivina este profundo cálculo, y con la impaciencia de alcanzar un mérito activando la conclusión de la paz, se dedica á conseguirla inmediatamente. — El restablecimiento de las fronteras tal como estaban señaladas en 1790 se erige en un principio irrevocable. — Cette es adoptada como frontera, con algunas adiciones. — La isla de Francia es excluída de la restitución de nuestras colonias. — Noble resistencia del rey á toda contribución de guerra. — Logra su deseo, gracias á la firmeza que tanto él como su gobierno despliegan en esta circunstancia. — Conservación de los museos. — Tratado de París del 30 de mayo de 1814. — Mientras que se negocia la paz, se ocupan asimismo de la

Constitución. — El rey no quiere confiar este trabajo al **consejo real**, y la redacta con MM. de Montesquiou, Dambray, Ferrand y Beugnot. — Sus miras son liberales, debidas á su estancia en Inglaterra, pero todas subordinadas á una condición, la de que la nueva Constitución emane exclusivamente de la **autoridad real**. — Diversas cuestiones suscitadas. — Condescendencia del rey en todas las cosas cuando están de acuerdo con el principio que profesa. — El proyecto de Constitución sometido á dos comisiones, una del senado y otra del cuerpo legislativo. — Título de **CARTA CONSTITUCIONAL** dado á la nueva Constitución. — Los soberanos extranjeros no quieren abandonar á París antes del entero cumplimiento de las promesas hechas por el rey en Saint-Ouén; con este motivo se señala el 4 de junio para la celebración de la sesión regia en la que debe proclamarse la Carta. — Sesión regia del 4 de junio; ventajosos resultados de esta sesión. — Proclamación de la Carta, partida de los soberanos extranjeros, y constitución definitiva del gobierno de los Borbones.

La partida de Napoleón para la isla de Elba desembarazó á los Borbones de la presencia de un temible enemigo, que, aunque vencido, amedrentaba todavía á las potencias victoriosas. Pero si habían logrado quitar la cabeza al monstruo, como se llamaba entonces al gobierno imperial, quedaba el cuerpo, y sus fragmentos esparcidos agitaban á la Europa con sus convulsivos movimientos. Numerosos destacamentos de tropas, que no habían recibido todavía noticias de París, ó que se negaban á creer las que recibían, se hallaban repartidos en Flandes, en Holanda, en Westfalia, en Italia, en el Delfinado, en Langüedoc y en España. El primer cuidado del gobierno provisional fué enviarles agentes para informarles de la entrada de los coligados en París, de la abdicación de Napoleón y del restablecimiento de los Borbones en el trono de Francia. Aguardábanse sus respuestas con cierta ansiedad, porque el gobierno provisional no quería verse en la precisión de darles órdenes, y los aliados no querían tampoco verse obligados á emprender sitios tales como los de Estrasburgo, de Maguncia, de Lila, de Amberes, de Fleisinga, de Texel, de Hamburgo, de Magdeburgo, de Wurzburg, de Palma Nova, de Venecia, de Mantua, de Alejandría, de Génova, de Lérida, de Tortosa, etc. Con efecto, no sin trabajo se hizo oír la voz de la razón á los viejos soldados que guarnecían estos puestos lejanos, y á cuyo frente había colocado Napoleón jefes enérgicos y consagrados á su causa y á la de Francia. Sus últimos actos en 1814 merecen la atención de la historia, y caracterizan perfectamente la situación que dejaba Napoleón y que venían á recoger los Borbones. Vamos á consignarla rápidamente.

El ilustre Carnot defendía á Amberes mientras que el hábil y bizarro general Maisón llenaba con su actividad y su audacia el espacio de terreno comprendido entre Amberes, Lila y Valenciennes. Nuestros lectores recordarán sin duda que Carnot, separado voluntariamente del imperio y del emperador, al ver nuestras fronteras invadidas examinó más con su corazón que con su cabeza el peligro que amenazaba á la causa de la revolución y de la Francia y escribió á Napoleón para ofrecerle su *brazo sexagenario*, no como un auxilio, según él mismo dijo, sino como un ejemplo. Napoleón acogió dignamente este patriótico ofrecimiento y encomendó á Carnot la misión que mejor podía desempeñar, la de defender á Amberes; á Amberes, la más brillante creación del imperio, el depósito de nuestras riquezas marítimas, el antemural de nuestra frontera sobre el Escalda. Carnot puso orden en la plaza, inspiró á la guarnición el sentimiento de adhesión absoluto, y quitó al enemigo toda esperanza de apoderarse, á no ser por medio de sitio en toda regla y de larga duración, de aquella plaza, causa de todos los odios de la Inglaterra.

Aún quedaba á los sitiadores el bárbaro recurso de emplear el bombardeo; pero Carnot, de acuerdo con el almirante Missiessy, se había preparado para soportarle. Se cubrió la escuadra con estiércol y tierra, se pusieron blindajes en los almacenes y en los edificios más amenazados; y después de emplear estos medios de defensa soportaron con una impasibilidad heroica durante muchos días una lluvia continua de bombas y granadas, teniendo gran cuidado en apagar instantáneamente las llamas que encendían aquí y allá los proyectiles. Después de haber agotado sus municiones, se vieron reducidos los sitiadores á practicar un simple bloqueo; pero Carnot, suficientemente abastecido de víveres, les hizo comprender que no conseguirían cansar su paciencia, del mismo modo que no habían logrado amenguar su valor.

El general Maisón, que no tenía para ocupar á Flandes más que seis mil hombres, necesitaba las fuerzas activas que habían encerrado en Amberes los ejércitos invasores. Entre ellas se hallaba una excelente división de guardias jóvenes, compuesta de cuatro mil hombres y algunos centenares de caballos. Esta división podía ser un gran auxilio para la defensa de la frontera, y tanto Carnot como Maisón buscaban los medios, el uno de privarse de ella y el otro de reunir la á sus tropas á través de millares de enemigos.

El general Maisón, después de apostar á toda prisa algunos batallones abastecidos con víveres en las plazas de Berg-op Zoom, de Ostende, de Dunquerque, de Valenciennes, de Maubeuge, de Condé y de Lila, corrió con cinco ó seis mil hombres de una á otra plaza, despejando tan pronto ésta como aquella, destruyendo de vez en cuando numerosos destacamentos del enemigo, y ocupando por medio de una lucha de emboscadas al príncipe de Sajonia-Wéimar, quien con cuarenta y cinco mil hombres no había podido desalojarnos del laberinto de nuestra fortalezas (1). Mientras que el general Maisón llevaba á cabo de este modo verdaderos prodigios de atrevimiento y actividad, muchos de nuestros comandantes se cubrían de gloria, resistiendo con un puñado de hombres ataques formidables.

El general Bizanet, obligado á defender con dos mil setecientos hombres la plaza de Berg-op Zoom, que exigía una guarnición de doce mil, no pudo impedir á los soldados de Graham, favorecidos por un movimiento popular, que escalasen los muros y entrasen victoriosos en la ciudad; pero sin amedrentarse por esto, se lanzó

(1) Napoleón, que sólo sabía los primeros hechos de la campaña de Bélgica y que no tenía noticia más que de la retirada de Bruselas hacia Lila, se quejaba frecuentemente en su correspondencia del general Maisón. De otro modo hubiera hablado, si hubiera tenido ocasión de apreciar la parte importante de esta campaña, que en aquella época excitó la admiración de todos los militares.

(N. del A.)

sobre las columnas inglesas, las arrolló una tras otra, las mató mil quinientos hombres y las hizo dos mil quinientos prisioneros. El príncipe de Sajonia-Wéimar probó una tentativa semejante contra Maubeuge, que estaba defendida por el coronel de artillería Schouller al frente de un millar de guardias nacionales y de aduaneros, y vió á su artillería desmontada, á sus soldados batidos fuera de las obras, y á su empresa echada por tierra de la manera más humillante.

El general Maisón, que buscaba el medio de reunir á sus fuerzas la división Roguet, aprovechó la ocasión que le ofreció el mal éxito de la tentativa contra Maubeuge para dirigirse á Amberes por medio de las masas enemigas. Pretextando marchar en auxilio de Maubeuge, salió de Lila con las dos divisiones Barois y Polignac, compuestas de seis mil infantes, con la de caballería Castex de mil cien jinetes, arrolló los destacamentos que ocupaban á Courtray, fingió perseguirlos hacia Ostende y Bruselas, después se dirigió bruscamente á Gante, cuya plaza tomó, y se detuvo allí para esperar al general Roguet á quien había avisado de su llegada. Carnot, informado á tiempo, mandó salir de Amberes á la división Roguet, la que juntándose en Gante al general Maisón, le llevó cerca de cinco mil soldados de todas armas. El general Maisón, cuyas fuerzas ascendían entonces á doce mil combatientes, al ver que las numerosas columnas del enemigo abandonaban el bloqueo de las plazas para dirigirse contra él, y particularmente el príncipe de Sajonia-Wéimar, que se disponía á cortar la retirada con una masa de treinta mil hombres, sin perder un instante, volvió á Courtray, derrotó al cuerpo de Thielmann, del que mató y cogió prisioneros cerca de mil doscientos, y después de una expedición de seis días, volvió á entrar victorioso en Lila, logrando formarse un pequeño ejército, poseído de sus mismas ideas y pronto á comenzar de nuevo las correrías que tan buen éxito le habían proporcionado. En esta situación sorprendieron al general Maisón las noticias de París comunicadas oficialmente por el gobierno provisional. Este general, antiguo ayudante de campo de Bernadotte, y antiguo soldado del ejército del Rhin, tenía muy poco apego á Napoleón; pero ajeno á la intriga, aunque de carácter activo y de talento, era incapaz de prestarse á sordas maquinaciones. Así es que, aun cuando estaba rodeado de los agentes de Bernadotte, se desembarazó de ellos amenazándolos con fusilarlos si volvían cerca de él.

Sin embargo el destino había pronunciado su fallo, y lo aceptó: dió cuenta á sus soldados de los acontecimientos, en adelante irresistibles, que se habían operado en Francia, y les propuso que se adhiesen á ellos. Los generales participaron unánimemente de su dictamen, pero no tardó en escucharse en las filas del ejército un grito de reprobación contra los traidores que, según decían, habían entregado la capital. Los soldados no podían persuadirse de que París hubiera sucumbido naturalmente, por el efecto de los sucesos de la guerra; y la nueva vagamente difundida de una gran sublevación contribuyó á excitar su loca desconfianza. Estaban persuadidos de que la Francia y Napoleón habían sido víctimas de una traición horrible. Los antiguos soldados, movidos por la cólera, y los modernos por la indisciplina, se amotinaron proclamando que debían

abandonar unas banderas envilecidas por la traición. La frase imprudente: *No más quintas, no más derechos reunidos*, pronunciada por el conde de Artois, había llegado hasta el fondo de las provincias. «Marchémos, volvamos á nuestras casas,» estas eran las palabras que se oían en boca de todos los soldados, y con efecto en pocas horas se vió á algunos centenares de hombres abandonar sus filas.

El general Maisón comprendía que, fuese cualquiera el gobierno, era preciso un ejército, y comenzó por reunir á sus soldados, quienes al principio se mostraron sensibles á sus enérgicas indicaciones, pero que no tardaron en volver á comenzar sus marchas á la desbandada. Entonces convocó á sus oficiales y les habló en nombre de su patriotismo. Éstos escucharon su voz, y dirigiéndose á su vez á los subtenientes y á los soldados más antiguos, lograron también ser atendidos.

De este modo se formó un núcleo de hombres leales, y con su auxilio colocó el general Maisón su artillería ante las puertas de Lila anunciando que ametrallaría á la primera banda de desertores que se presentase. Esta vigorosa demostración impuso respeto é hizo volver al orden á los descontentos. El ejército de Flandes había perdido cerca de dos mil hombres, pero los restantes, hasta doce mil, eran fuertes y se podía contar con ellos.

El ejemplo dado por el general Maisón se hacía cada día más necesario, porque la desertión aumentaba contagiosamente. Aprovechándose del disgusto de los viejos soldados contra los que ellos llamaban traidores, y tratando de aumentarle en su favor, los quintos se fugaban en masa, diciendo que nada tenían ya que hacer bajo sus banderas, y concluían por arrastrar en pos de sí á sus viejos camaradas, que comenzaban á experimentar el deseo de volver á ver sus aldeas. Este contagio de desertión se propagó de una manera desastrosa al numeroso ejército que había dejado Napoleón en Fontainebleau, y estaba próximo el peligro de no tardar en hallarse con más soldados que con los extranjeros, lo que hacía deplorable aquella situación para tratar de la paz. Muchas de las personas que se hallaban al lado del conde de Artois miraban la dispersión de las tropas imperiales como una fortuna, pero los mariscales le hicieron comprender que de este modo no tardaría mucho tiempo en no poder contar con fuerza pública. Marmont, el principal autor de la desbandada, queriendo excusar su conducta con su celo en favor de los intereses del ejército, fué uno de los que con más eficacia elevaron al gobierno útiles representaciones; y se decidió al conde de Artois á que hiciese una manifestación significativa. Con efecto, escribió al general Maisón una carta que se publicó inmediatamente, en la que dándole gracias por su noble conducta, le anunciaba que la haría presente á Luis XVIII como un título á la estimación y confianza del soberano.

Mientras que el ejército de Flandes se ligaba de este modo con el nuevo gobierno, Carnot, á pesar del poco aprecio que profesaba á los Borbones, no podía menos de portarse como buen ciudadano. Comprendía que era preciso conformarse con la ley de los hechos y aceptar á los Borbones, puesto que su gobierno era el solo posible. Pero aceptados y reconocidos los Borbones, todavía le quedaba el cumplimiento de sus deberes respecto de la Francia, y no era razón que porque se abriesen

las puertas de Amberes á los enviados de la antigua dinastía, fuese también preciso franquearlas al enemigo. Bernadotte se había dirigido á Carnot para darle parte de los sucesos de París y comprometerle á rendir la plaza de Amberes á los aliados; pero Carnot le respondió que los sucesos no se hallaban bastante demostrados para que el fiel comandante de una ciudad sitiada debiera considerarlos como ciertos, y que por otra parte, aun creyéndolos verdaderos, no entregaría las llaves de la plaza de que era depositario más que á los enviados del rey de Francia. Pasaron algunos días, los hechos no ofrecieron ningún género de duda, Carnot dió cuenta de ellos á la guarnición, la hizo ponerse la escarapela blanca y continuó con las puertas de la ciudad cerradas hasta recibir órdenes de Luis XVIII.

Mientras que los generales franceses situados sobre el Escalda y el Rin se distinguían por su conducta tan prudente como patriótica, un militar ilustre se honraba en Westfalia con sus prodigios de constancia y firmeza por conservar intacto el depósito que le había sido confiado. Nuestros lectores recordarán cuál era la misión que, al frente del cuerpo de ejército que mandaba, tenía en Hamburgo el mariscal Davout; encargado de atraer á la sumisión las provincias insurgentes del Norte de Alemania y de asegurar la defensa del Elba, no había ejercido contra aquellas gentes ninguno de los rigores prescritos por Napoleón, se había limitado á convertir las penas corporales en contribuciones de guerra, había enviado al crecido ejército de Dresde los recursos y víveres con que había podido sostenerse, y no viendo llegar á su cuartel después de la desastrosa batalla de Leipsick ni la guarnición de Dresde ni alguna otra, se estableció sólidamente en Hamburgo y determinó defenderse allí contra los soldados de toda la Europa, y conservar este punto importante, que era un precioso objeto de compensación en la negociación de la paz futura, el lazo de unión con la Dinamarca y el depósito de un inmenso material de guerra creado por la Francia.

Encerrado en Hamburgo en el mes de septiembre de 1813 y privado, desde el mes de noviembre, de toda clase de comunicaciones con la Francia, permaneció invulnerable el mariscal Davout y resuelto á continuar del mismo modo mientras tuviese soldados, municiones y víveres.

A fines de noviembre, una comunicación oscura, mitad en letras comunes, mitad en cifras, le ordenó que acudiese en socorro de Holanda si podía, y si no que permaneciese en Hamburgo, que guardase esta plaza y que se apoderase del mayor número posible de adversarios. Hallándose interceptados los caminos de Holanda y de Francia, tomó el partido de obedecer la última indicación.

El mariscal contaba con cerca de cuarenta mil soldados de todas armas, y todos excelentes bajo su dirección; pero de este número era preciso segregar á siete ú ocho mil que se hallaban enfermos. Se había procurado municiones de boca y de guerra, y siguiendo las órdenes de Napoleón, logró por medio de avanzadas, de empalizadas y de baluartes rápidamente restaurados, rodear á Hamburgo, á Harburgo y á las islas del Elba con un vasto sistema de defensa, que para forzarle hubieran sido precisos cien mil hombres y los más hábiles ingenieros. No retrocediendo ante la necesidad de causar daño,

pero sin ir jamás más lejos, aplazó hasta verse cercado la destrucción de los edificios perjudiciales á la defensa, anunció á los habitantes la terrible lucha que se disponía á sostener, les invitó á abastecerse de víveres y les participó que toda familia desprovista de medios de subsistencia sería inexorablemente arrojada de Hamburgo. Cuando el enemigo se presentó, hizo valuar las casas que debían demolerse, las sacrificó sin pérdida de tiempo á la seguridad de la plaza y además dispuso que de los ochenta mil habitantes de la ciudad, fuesen despedidos veinte mil por no haberse provisto de los víveres necesarios. El sufrimiento de estos desgraciados no fué tan grande como parece, porque con solo atravesar una puerta se hallaban en Altona, ciudad danesa y neutral, medio hamburguesa, que les ofrecía numerosos recursos. El mariscal se dispuso inmediatamente á la defensa, y en diversos combates mató de siete á ocho mil hombres al general Benningsen, quien concluyó por dejarle en reposo. De este modo pasó todo el invierno de 1813 á 1814, sin recibir ninguna noticia del gobierno francés, recibiendo numerosas por conducto del enemigo, unas falsas, otras ciertas y desastrosas; pero sin hacer caso de ninguna se resolvió á resistir, hasta que la Europa toda entera se volviese contra él para destruirle.

Siempre rígido, pero exacto y probo, ordenó el pago de los víveres que tomaba, de los trabajos que mandaba practicar y de las demoliciones que hacía, con los productos del tributo á que condenó á la ciudad de Hamburgo por su rebelión de 1813. Disponiendo de la fuerza, hubiera podido sin duda alguna, á imitación de tantos otros comandantes de plazas sitiadas, evadirse de pagar los perjuicios que causaba tomando víveres, destruyendo casas y empleando brazos; algunos habitantes hubieran soportado todo esto como consecuencia de la guerra; pero semejante conducta repugnaba á su probidad, no quiso hacer pesar sobre algunos cargos que debían repartirse entre todos, y contando con el tributo que el año precedente les había impuesto dentro de su derecho, creyó lo más justo emplearle en resarcir á aquellos de cuyo trabajo se había valido ó cuyos bienes había necesitado destruir. Negándose los hamburgueses á pagar la contribución de guerra después de los reveses sufridos por el ejército francés, reunió Davout al comercio, le declaró que necesitaba fondos para abonar á los habitantes del país los servicios que habían prestado, y les anunció que si no le pagaban lo que le debían, se apoderaría de los valores metálicos del Banco, de los que debía abonársele el tributo indicado. No recibiendo ninguna respuesta su declaración, cumplió su palabra, se apoderó de los valores metálicos del Banco, instruyendo una sumaria en regla, destinó los trece millones que encontró en caja á los servicios públicos sin emplear ni un solo céntimo por ningún concepto poco claro ó equívoco, y continuó sosteniéndose con una tenacidad invencible en medio de las balas del enemigo y de las calumnias de los hamburgueses, que se indignaban contra lo que ellos llamaban los crímenes de los franceses, olvidándose de que los ingleses quemaban en Portugal las eras, los árboles, las casas, y obligaban á los portugueses, bajo pena de la vida, á que atizaran ellos mismos el incendio.

En esta formidable actitud y asediado por los ejércitos rusos y alemanes, permaneció ocho meses enteros el

mariscal Davout, sin recibir ni una orden ni una noticia de su país. En los primeros días de abril le hizo saber el general Benningsen, por el intermediario de los daneses, los acontecimientos de París y le intimó á que abriese las puertas de la ciudad. El mariscal le respondió con el artículo del decreto relativo á las plazas sitiadas, artículo que prohíbe dar asentimiento á los rumores difundidos por el enemigo, y añadió que su soberano podría haber sufrido contratiempos, pero que los contratiempos no eximían á un hombre honrado del cumplimiento de sus deberes. El general Benningsen dispuso entonces un nuevo ataque, que se llevó á cabo en nombre de los Borbones y con la bandera blanca. El mariscal mandó descargar sobre la bandera blanca como había hecho sobre la bandera rusa, y arrolló á los sitiadores después de haberles hecho experimentar considerables pérdidas. Derrotado el general Benningsen recurrió de nuevo á las negociaciones, siempre por conducto del intermediario de los daneses, nuestros antiguos aliados. El mariscal no se opuso á entrar en negociaciones y ofreció enviar á Francia al general Delcambre para que fuese á buscar noticias auténticas, prometiendo darlas asentimiento, y conformarse con ellas, cuando proviniesen de un origen francés. El general Benningsen consintió en ello, pero á condición de que se le entregara una de las avanzadas más importantes de Hamburgo. El mariscal rechazó de nuevo esta proposición; por último llegó un enviado perteneciente á su familia con comunicaciones oficiales del gobierno provisional, y reuniendo el 28 de abril á sus tropas, que todavía completaban treinta mil hombres útiles, bien armados, bien vestidos y bien dispuestos, les anunció la restauración de los Borbones, les hizo ponerse la escarapela blanca y les declaró, lo que fué aprobado y aplaudido, que no devolvería la plaza sino cuando le presentasen una orden de Luis XVIII. Con esta memorable defensa conservó el mariscal Davout á nuestros diplomáticos un precioso objeto de compensación y guardó á la Francia treinta mil hombres, un inmenso material de guerra y el honor nacional. Las calumnias que algunas gentes interesadas difundieron contra él en toda Europa y particularmente en Francia, no han podido obscurecer tales servicios. De cualquier modo, la historia debe apreciarlos con su imparcial justicia.

El príncipe Eugenio había resistido en Italia con gran denuedo al mariscal Bellegarde, obstinándose en no dar oídos á las proposiciones que hacían llegar hasta él las potencias aliadas por el rey de Baviera, su suegro. Napoleón, como se ha visto, después de haberle ordenado que condujese su ejército á Francia, orden que ejecutada á tiempo hubiera podido cambiar el destino de la guerra, le prescribió desgraciadamente en vista de los triunfos de Montmirail, de Champaubert y de Montereau, que permaneciese en Italia, y el príncipe se mantuvo allí con buen éxito hasta el momento en que Murat sorprendió su retaguardia. Entonces destacó la división Maucune para cortar á los napolitanos el paso del Po. El bizarro Maucune los había con efecto arrollado en todas las ocasiones en que se le habían presentado solos ó en compañía de los austriacos, y se preparaba á contenerlos, cuando llegaron á Milán noticias auténticas de los acontecimientos de París. El príncipe Eugenio consintió desde aquel momento en entrar en negociaciones

con el mariscal Bellegarde, y el 16 de abril firmó un armisticio cuyas bases eran: que las tropas francesas diseminadas en diversos puntos de Italia volverían á Francia con los honores de la guerra y llevándose todo su material, y que el ejército italiano, á las órdenes del príncipe Eugenio, permanecería en las orillas del Po, hasta que las potencias aliadas decidiesen la suerte de Italia.

Después de haber firmado este armisticio, el noble príncipe, convertido, gracias á los sucesos extraordinarios de la época, en príncipe extranjero, sin dejar de ser soldado francés, dirigió una conmovedora despedida al ejército, del que iba á separarse para siempre, y recibió de él los testimonios más expresivos de su adhesión y sentimiento por su partida. El ejército francés se encaminó en seguida hacia los Alpes, á las órdenes del general Grenier, recogiendo al paso las guarniciones que evacuaban las plazas de Italia, y experimentando una patriótica tristeza al abandonar aquellos sitios donde tanta sangre había derramado, tanta gloria adquirido y tan poco provecho alcanzado.

Algunos millares de quintos que se hallaban en Génova, á las órdenes del general Frezia, disputaron la plaza á los ingleses y al mismo pueblo genovés, que se vanagloriaba locamente de haber recobrado su independencia, insurreccionándose contra nosotros. Obligados á ceder, abandonaron también la Italia, costeando la falda de los Alpes marítimos.

El mariscal Augereau, que no supo defender ni el Franco Condado, ni Lyon, ni su dignidad, se replegó desde el Delfinado hacia el Isar, y al mismo tiempo verificó su retirada á Grenoble el general Marchand, después de haber defendido con más acierto á Ginebra y á Chambéry. La noticia de la capitulación, que no tardó en llegar á esta parte de Francia, terminó en ella las hostilidades en virtud de un armisticio local. No sucedió lo mismo en la falda de los Pirineos, á causa de la distancia y de las fuerzas que se hallaban en aquellos parajes: cuando el cañón había enmudecido en todas partes, una sangrienta batalla señaló en ellos los últimos momentos de la guerra.

El mariscal Suchet, que, como saben nuestros lectores, se había privado de la mejor parte de su ejército cediéndola á Augereau, que no supo hacer nada de provecho, reducido á no poder contar más que con algunos millares de hombres, se detuvo desde luego ante Figueras, tratando de recuperar sus guarniciones de Cataluña, ofreciendo en cambio la restitución de Fernando VII; pero no habiendo logrado conseguir que los españoles aceptasen sus proposiciones, concluyó por desprenderse de Fernando VII bajo la orden expresa de Napoleón, y se vió obligado á fiarse para el exacto cumplimiento del tratado de Valencey en la palabra poco segura del nuevo rey de España y en la generosidad de los españoles, con extremo alterada á causa del rencor que nos profesaban. El mariscal volvió inmediatamente á Francia decidido á reunirse con el mariscal Soult si los acontecimientos no se lo impedían.

Este último, después de la batalla de Orthez, en la que sólo faltó un poco de tenacidad para ser una batalla ganada, se retiró á Tolosa vanagloriándose de haber puesto á lord Wellington en su persecución, pudiendo de este modo defender á Burdeos sin gran trabajo. Pero